

# Lunes

15<sup>a</sup> semana del  
Tiempo ordinario

## LECTIO

### Primera lectura: Éxodo 1,8-14.22

En aquellos días, <sup>8</sup> subió al trono de Egipto un nuevo rey, que no había conocido a José, <sup>9</sup> y dijo a su pueblo:

–Mirad, el pueblo israelita se ha hecho más numeroso y potente que nosotros. <sup>10</sup> Hay que actuar con cautela para que no sigan multiplicándose, pues, si se declara una guerra, se aliarán con nuestros enemigos, lucharán contra nosotros y se marcharán del país.

<sup>11</sup> Entonces pusieron sobre ellos capataces que los oprimiesen con rudos trabajos, mientras edificaban Pitón y Rameses, ciudades-almacén del faraón. <sup>12</sup> Pero cuanto más los oprimían, más se multiplicaban y aumentaban, de suerte que los israelitas se convirtieron en un motivo de preocupación para los egipcios. <sup>13</sup> Por eso, los egipcios los sometieron a una dura esclavitud <sup>14</sup> y les hicieron la vida imposible, obligándoles a realizar trabajos extenuantes, como la fabricación de mortero y ladrillos y toda clase de faenas agrícolas.

<sup>22</sup> Entonces, el faraón dio esta orden a todo su pueblo:

–Arrojad al río a todos los niños que nazcan; a las niñas dejadlas vivir.

➤ El libro del Éxodo es uno de los grandes libros del Antiguo Testamento. Nos describe, en primer lugar, la magna epopeya de la salvación de Israel, arrancado de la esclavitud de Egipto, y con el que Dios establece una alianza. El Éxodo es un canto al Dios que salva, un poema dirigido al Dios de Israel, que, tras oír el llanto de su pueblo, «*baja*» a liberarlo. Este pueblo, una vez liberado, estará destinado no al servicio del faraón, sino al servicio del Señor (cf. Dt 4,20).

La lectura de hoy nos presenta la situación de los hebreos en Egipto bajo «*un nuevo rey*». El faraón de Egipto ya no era el que había elevado a José a primer ministro del país, sino otro que no le había conocido (v. 8). Sospechando de aquel pueblo que crecía y se multiplicaba en su tierra, pensó que tal vez un día esos hombres podrían levantarse contra el verdadero pueblo egipcio o incluso aliarse con sus enemigos (vv. 9ss). Y tomó medidas contra ellos: decretó que se impusiera a los hebreos trabajos forzosos extremadamente duros, con el propósito de agotar sus fuerzas, y los empleó en la construcción de dos ciudades-almacén en el delta del Nilo (v. 11). Los egipcios les amargaron la vida a los israelitas, los convirtieron en esclavos y les obligaron con una gran dureza a fabricar ladrillos de arcilla. Pero cuanto más le oprimían, más se multiplicaba el pueblo (v. 12). Viendo que este sistema no funcionaba como él quería, el faraón pensó en otro método, absolutamente inhumano y cruel, destinado a reducirlo a la impotencia y a la aniquilación de Israel: nada menos que la eliminación de los hijos varones que nacieran (v. 22).

Desde el punto de vista histórico, debemos situar estos acontecimientos en tiempos del Imperio Nuevo egipcio (decimonovena dinastía), en el siglo XIII a. de C. Sobre este fondo de injusticia y sufrimiento se desarrollará la magna acción salvadora de Dios, tanto más excelsa cuanto más triste y desesperada era la situación del pueblo.

## Evangelio: Mateo 10,34–11,1

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: <sup>10,34</sup> No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino discordia. <sup>35</sup> Porque he venido a separar al hijo de su padre, a la hija de su madre, a la nuera de su suegra; <sup>36</sup> los enemigos de cada uno serán los de su casa. <sup>37</sup> El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí, y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí. <sup>38</sup> El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. <sup>39</sup> El que quiera conservar la vida la perderá, y el que la pierda por mí la conservará.

<sup>40</sup> El que os recibe a vosotros me recibe a mí, y el que me recibe a mí recibe al que me envió. <sup>41</sup> El que recibe a un profeta por ser profeta recibirá recompensa de profeta; el que recibe a un justo por ser justo recibirá recompensa de justo; <sup>42</sup> y quien dé un vaso de agua a uno de estos pequeños por ser discípulo mío os aseguro que no se quedará sin recompensa.

<sup>11,1</sup> Cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue a enseñar y a proclamar el mensaje en los pueblos de la región.

➤ El texto que acabamos de leer del evangelio de Mateo es uno de los pasajes más difíciles de comprender por la aparente contradicción que presenta. Jesús, que un poco más adelante dirá que debemos aprender de él porque es «*sencillo y humilde de corazón*» (Mt 11,29), dice ahora que ha venido a traer la discordia y no la paz a la tierra (cf. 10,34). ¿Cómo podemos conciliar estos dos extremos? ¿En qué sentido debemos interpretar sus palabras? En casos como éste, es el contexto literario el que nos ayuda a comprenderlo de una manera adecuada.

El pasaje que hoy nos ocupa está situado en un contexto de persecución a causa de la fe en Cristo. En efecto, Jesús dice en Mt 10,32: «*Si alguno se declara a mi favor delante de los hombres, yo también me declararé a su favor delante de mi Padre celestial*». Esto nos ilumina el camino y nos muestra que la división entre personas de la misma familia no surge por cuestiones de tempera-

mento, de disidencias o luchas personales, sino por su fidelidad o infidelidad a Cristo. Algunos creerán en él, otros no. En este caso, Jesús ha venido a traer la división; es decir, se convierte en motivo de discordia entre los hombres, entre los que creerán y los que rechazarán la fe.

El Evangelio habla claro. El Evangelio, que predica la paz y la concordia, cuando trata el tema de la verdadera fe en Cristo o de nuestra adhesión a él prefiere la división, el contraste, la intolerancia –diríamos incluso–, en favor de los que le han seguido y han creído en él. Por eso, y siempre en la misma línea, Jesús se pone por encima de todos los valores, incluso por encima de los más sagrados valores de la familia. Y añade que, para seguirle, es preciso cargar con la cruz, echar mano de la renuncia, estar dispuesto a dar la propia vida. Estas exigencias pueden parecer excesivas, a no ser por la verdad que contienen y por la excelencia de Aquel que las formuló y las pretendió, signo de su autoridad y de su supremacía sobre todas las cosas.

### MEDITATIO

El fragmento del evangelio que hemos leído nos muestra una vez más la importancia de la fe en Cristo y, en especial, de su persona. Esta fe, tal como era considerada por el mismo Jesús y por la comunidad primitiva, está por encima de las cosas más sagradas y más grandes de la vida. Sería una fe falsa aquella que, para no romper los vínculos familiares o amistosos, permaneciera en un nivel superficial o lo fuera sólo de nombre, sin ninguna exigencia. La verdadera fe, para los evangelios, significa *un corte en lo vivo* y, si se da el caso, la renuncia a los sentimientos más profundos del corazón, porque lo que cuenta es la opción por Cristo frente a todos los demás valores e ideales de la vida.

El mensaje del evangelio de hoy es que debemos reforzar en nosotros la adhesión total, profunda, a Cristo, prefiriéndole a todo, y prefiriendo nuestra fe a cualquier otra fe, religión o ideal humano, especialmente en el mundo de hoy, que vive dividido entre los poderosos desafíos de la técnica, de las incesantes conquistas, del bienestar y de otras realidades que son, muchas veces, los ídolos de la humanidad moderna. Ser capaz de reafirmar la fe en Cristo y en el Evangelio es una necesidad vital para el hombre creyente de nuestros días, porque de otro modo esta fe se oxidará y se perderá.

### ORATIO

«*Pero lo que entonces consideraba una ganancia, ahora lo considero pérdida por amor a Cristo*» (Flp 3,7). Señor, haz que nuestra adhesión a ti, como la de Pablo, como la de los apóstoles, como la de tantos santos y tantos fieles de la Iglesia, sea total, absoluta; que esté por encima de todo vínculo, de todo sentimiento y afecto, por encima de todo valor humano. Porque sólo tú eres la verdad, la luz, el camino, el alimento, la paz, la alegría y la esperanza de nuestro corazón.

Entonces podremos orar con las palabras de un autor moderno como F. Dostoievski, nada sospechoso de una devoción excesiva, que nos ha dejado un testimonio impresionante de fidelidad a Cristo. Escribía así en una de sus cartas: «A veces, Dios me envía momentos de lucidez. En estos momentos, amo y siento que soy amado. Fue en uno de esos instantes cuando compuse para mí mismo un *Credo*, donde todo es claro y sagrado. Helo aquí: “Creo que no hay nada más bello, más profundo, más agradable, más viril y más perfecto que Cristo. Y me digo a mí mismo, con un amor celoso, que no hay ni puede haber nadie más grande que él. Más aún, si alguien llegara a probarme que Jesús está fuera de la ver-



dad y que la verdad no se encuentra en él, yo preferiría permanecer con Cristo antes que con la verdad"» (F. Dostoievski, *Corrispondenza con la baronesa Von Wisine*).

## CONTEMPLATIO

En cuanto el grano de trigo cayó en tierra y murió, salió de él toda la mies de los fieles y los hijos de Israel se multiplicaron y se volvieron muy poderosos. Así pues, también en ti, si muere José, es decir, si acoges en tu cuerpo la mortificación de Cristo y haces morir el pecado en tus miembros, se multiplicarán en ti los hijos de Israel. Por hijos de Israel se entiende los sentidos buenos y espirituales. Por consiguiente, si hacemos morir los sentidos de la carne, crecen los sentidos del espíritu, y, mientras mueren en ti cada día los sentidos de la carne, crecen los sentidos del espíritu, y, mientras mueren cada día en ti los vicios, crece el número de las virtudes.

Tú, que escuchas estas cosas, si por casualidad ya has recibido la gracia del bautismo, has sido contado entre los hijos de Israel, has acogido en ti al Dios-rey y, después de esto, has querido desviarte, realizar las acciones del mundo, llevar a cabo actos terrestres y trabajos con el barro, has de saber y reconocer que se ha levantado en ti otro rey que no conoce a José; es un rey de Egipto, que te obliga a hacer sus obras, te hace trabajar para él con ladrillos y barro. Es él quien, poniendo sobre ti instructores y vigilantes, te empuja con golpes de vara a las obras de la tierra, para construirle ciudades. Es él quien te hace correr de un lado para otro en el mundo y hace turbar, por la codicia de la ganancia, los elementos del mar y de la tierra. Es este rey de Egipto el que te hace recorrer el foro con las lides, atormentar a los parientes con las disputas por unos cuantos terrones de tierra, por no hablar de lo demás: tender insidias a la castidad,

engañar a la inocencia, cometer porquerías en privado, crueldades en público, perversiones en lo íntimo de la conciencia. Y puesto que son muchos los maestros y doctores de malicia que el faraón nos ha puesto, el Señor Jesús creó otros maestros y doctores que nos enseñaran a ver a Dios con el alma, a abandonar por completo al hombre viejo con sus acciones y a revestirnos del nuevo, que ha sido creado según Dios (Orígenes, *Omellie sull'Esodo*, Roma 1981, pp. 45-52, *passim* [edición española: *Homilías sobre el Éxodo*, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 1992]).

## ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Dichosos los perseguidos por hacer la voluntad de Dios, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (Mt 5,10).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Los dos primeros capítulos del Éxodo preparan la escena de la magna irrupción de YHWH en la historia, pintando con fuertes tintas la situación de los hijos de Israel en Egipto. Los hijos de Israel, durante su estancia en Egipto, dan la impresión de haberse olvidado casi por completo del Dios de sus padres. Cuando Dios irrumpa en la historia, lo hará con un acto absolutamente gratuito. La iniciativa es suya por completo. Dios se ve inducido y solicitado a salvar no en virtud de mérito alguno por parte de Israel, sino por la situación de miseria en la que su pueblo se encontraba.

Durante el éxodo, empezó Israel a comprender la misteriosa predilección de YHWH por los humildes y los débiles. Reconoció que su propio título de elección no se lo habían proporcionado sus méritos, sino su pequeñez e impotencia (cf. Dt 7,7ss). Dios se revelará, a lo largo de toda la historia de la salvación, como al-



quien que «exalta a los humildes» y que, para llevar a cabo sus obras más grandes, escoge «lo que el mundo considera débil para confundir a los fuertes; ha escogido lo vil, lo despreciable, lo que no es nada a los ojos del mundo, para anular a quienes creen que son algo» (1 Cor 1,27ss).

La esclavitud que padecieron los israelitas es mucho más que un hecho simplemente material. En un sentido profundo, fueron los mismos israelitas los que quisieron permanecer en la esclavitud. Es cierto, los judíos gemían en medio de la opresión, deseando ardientemente ser liberados de ella, pero eso es algo perfectamente humano y no significa que estuvieran dispuestos a seguir la ardua llamada a la libertad. Se habían convertido en gente de ánimo servil, poco dispuesta a renunciar a esa pesada seguridad que es la recompensa de quien se rinde a un régimen totalitario (J. Plastaras, *Il Dio dell'Esodo*, Casale Monf. 1977, pp. 28-31, *passim*).

## Martes

15ª semana del  
Tiempo ordinario

## ECTIO

### Primera lectura: Éxodo 2,1-15a

En aquel tiempo, <sup>1</sup> un hombre de la familia de Leví se casó con la hija de otro levita. <sup>2</sup> Ella concibió y dio a luz un hijo, y al ver que era muy hermoso lo tuvo escondido durante tres meses. <sup>3</sup> No pudiendo ocultarlo más, tomó una cesta de papiro, la calafateó con betún y pez, puso dentro de ella al niño y la dejó entre los juncos de la orilla del río. <sup>4</sup> La hermana del pequeño se quedó a poca distancia para ver lo que sucedía.

<sup>5</sup> Entonces, la hija del faraón bajó a bañarse al río y, mientras sus doncellas paseaban por la orilla, vio la cesta en medio de los juncos y envió a una de sus doncellas para que la recogiera. <sup>6</sup> Cuando la abrió y vio al niño, que estaba llorando, se sintió conmovida y exclamó:

—Es un niño hebreo.

<sup>7</sup> Entonces, la hermana del pequeño dijo a la hija del faraón:

—¿Quieres que vaya a buscarte una nodriza hebrea para que te críe este niño?

<sup>8</sup> La hija del faraón le respondió:

—Vete.

La joven fue a buscar a la madre del niño, <sup>9</sup> a quien la hija del faraón encargó:

—Toma a este niño y críamelo; yo te pagaré.

La mujer tomó al niño y lo crió.

<sup>10</sup> Cuando se hizo grandecito, se lo llevó a la hija del faraón, la cual lo adoptó y le dio el nombre de Moisés, diciendo: «Yo lo saqué de las aguas».

<sup>11</sup> Cierta día, siendo ya mayor, Moisés fue a donde estaban sus hermanos. Vio sus duros trabajos y observó cómo un egipcio maltrataba a uno de sus hermanos hebreos. <sup>12</sup> Echó una mirada a su alrededor y, viendo que no había nadie, mató al egipcio y lo enterró en la arena. <sup>13</sup> Salió también al día siguiente, vio a dos hebreos riñendo y dijo al agresor:

—¿Por qué golpeas a tu compañero?

<sup>14</sup> Pero éste le replicó:

—¿Quién te ha constituido jefe y juez entre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio?

A Moisés le entró miedo, pues se dio cuenta de que la cosa se sabía.

<sup>15</sup> El faraón se había enterado también de lo sucedido y trataba de matar a Moisés.

➡ La historia que nos cuenta hoy el libro del Éxodo es una de las más conocidas del Antiguo Testamento, es una escena inmortalizada por muchos pintores y directores de cine. La orden del faraón ha sido puesta en práctica: todos los recién nacidos varones son ahogados en las aguas del Nilo. Sin embargo, la Providencia, que lo dirige todo, vela en particular por uno de estos niños, que será salvado de las aguas de una manera sorprendente. Éste era el designio divino: el niño salvado será más tarde el salvador de su pueblo. El presente relato, similar a otros que hemos encontrado en las diferentes literaturas sagradas del Medio Oriente, tiene una gran importancia para la fe cristiana, y es que el pequeño Moisés se ha convertido en la figura de otro Niño que, ya en sus primeros días, también será perseguido por Herodes, rey de Judea, para darle muerte.

Poniéndose de acuerdo la madre y la hija, abandonan al niño, introducido en una cesta de papiro, sobre el agua (vv. 3ss). Pero ese sitio es el lugar donde suele bañarse la hija del faraón. Ésta, tras descubrir al niño,

se enternece y quiere tomarlo como hijo. Entretanto, la hermana, María, ha convencido a la hija del faraón para que le permita buscar una nodriza para el niño. Ésta será su verdadera madre (vv. 7ss). Tras el destete, la hija del faraón se lleva al niño a su palacio: ésta «lo adoptó» (v. 10). Le impuso un nombre, Moisés, que ha llegado a nosotros como simple abreviatura, en la que falta la primera parte, donde seguramente se encontraría (como muestran muchos antiguos nombres egipcios análogos) el nombre de alguna divinidad del Nilo.

En la segunda parte de la lectura, Moisés, que ya ha llegado a la edad adulta, se da cuenta de la suerte que corren sus hermanos hebreos y se pone a favor de ellos. Su celo, demasiado impetuoso, le induce después a la huida y al autoexilio; se va a tierras de Madián, en las cercanías del mar Rojo (v. 15b), donde empezará otro tipo de vida y se hará pastor de los rebaños de su suegro, Jetró.

## Evangelio: Mateo 11,20-24

En aquel tiempo, <sup>20</sup> Jesús se puso a increpar a las ciudades en las que había hecho la mayoría de sus milagros, porque no se habían convertido:

<sup>21</sup> —¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros realizados en vosotros, hace tiempo que, vestidas de saco y sentadas sobre ceniza, se habrían convertido. <sup>22</sup> Por eso os digo que el día del juicio será más llevadero para Tiro y Sidón que para vosotras.

<sup>23</sup> Y tú, Cafarnaún, ¿te elevarás hasta el cielo? ¡Hasta el abismo te hundirás! Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros realizados en ti, hoy seguiría en pie. <sup>24</sup> Por eso os digo que el día del juicio será más llevadero para Sodoma que para ti.

➔ El fragmento evangélico de Mateo que hemos leído hoy es una lección sapiencial como muchas otras que podemos encontrar en el Antiguo Testamento; a saber: un hecho concreto explicado sobre la base de una semejanza de términos opuestos (como la de los dos caminos: el bien y el mal; los dos árboles: el plantado en terreno árido y el plantado junto al agua). La expectativa frustrada es una realidad humana desconcertante, aunque frecuente en la vida.

El evangelio nos presenta el duro reproche de Jesús contra las ciudades que no acogen su Palabra. Se trata de tres ciudades de Galilea –Corozáin, Betsaida y Cafarnaún– que, aun habiendo oído la predicación de Jesús, acompañada por tantos milagros, permanecen frías e insensibles, sin abrir su ánimo. Para acentuar aún más su culpabilidad, Jesús emplea la comparación con otras ciudades paganas especialmente conocidas por sus pecados, como Tiro y Sidón, Sodoma y Gomorra. Y nos hace ver que estas ciudades, aun corrompidas por tantos vicios, habrían tenido un comportamiento diferente, más acogedor y respetuoso, aunque sólo hubiera sido por haber visto los milagros realizados por Jesús. Sin embargo, las ciudades «creyentes» de Galilea, a pesar de sus acciones milagrosas, se niegan a escuchar, prefieren su dureza de corazón y se cierran al mensaje de salvación que se les ha ofrecido.

## MEDITATIO

Moisés, salvado de las aguas, salvará después a su pueblo. Existe siempre una estrecha relación entre lo que se es y lo que se hace, entre lo que se experimenta y lo que se comunica. También el cristiano conoce esta experiencia fundamental. Se trata de algo que nos habla de una lógica humano-divina que no admite excepciones. Dirá san Pablo: *«En otro tiempo erais ti-*

*nieblas, pero ahora sois luz en el Señor. Portaos como hijos de la luz, cuyo fruto es la bondad, la rectitud y la verdad»* (Ef 5,8ss).

En el Nuevo Testamento aparece con frecuencia esta relación: si somos una cosa, de ahí se deben seguir una serie de consecuencias, o sea, el fruto de ese ser. Como decían los antiguos, *«agere sequitur esse»* («el obrar sigue al ser»). Si somos cristianos, debemos irradiar la luz propia de los cristianos, que no es otra que la de Cristo. Por consiguiente, si somos amados, debemos amar; si somos dichosos, debemos hacer dichosos a los otros, y si se nos ha anunciado la Palabra, nosotros debemos comunicarla asimismo a los demás.

Esta lógica procede de nuestra unión con Cristo: somos en él una nueva criatura, nos hemos convertido en hijos de Dios, y esto supone un nuevo estilo de vida que deriva de la nueva realidad que hemos adquirido por gracia divina. Nos han sido perdonados nuestros pecados; por consiguiente, también nosotros, como Cristo, debemos perdonar; hemos sido salvados por Cristo, de ahí que, como Cristo nos ha salvado a nosotros, también nosotros debamos procurar la salvación de los demás. La dignidad cristiana, procedente de nuestra inserción en Cristo Jesús, nos mueve a convertirnos para los otros en lo que Cristo ha sido para nosotros, nos induce a extender a los otros lo que nosotros hemos recibido.

## ORATIO

Señor Jesús, tú dijiste una vez: *«Quien me ha visto a mí ha visto al Padre»* (Jn 14,9). Haz que nosotros podamos ser también, aunque sea en una medida mínima, un reflejo del Padre celestial, un pequeño rayo de luz que emana de su persona divina, y que así también nosotros podamos irradiar un poco de bondad, de perdón,



de esperanza, de alegría, de confianza y de servicio generoso a los otros.

Haz que siempre podamos recordar nuestra vocación, nuestra dignidad, el insigne privilegio de estar verdaderamente insertados en la Trinidad divina, y que esta conciencia nos ayude a vivir intensamente las realidades que la fe nos ofrece, de tal modo que los otros, tal vez menos privilegiados que nosotros, puedan recibir un influjo benéfico del tesoro de gracia que nos ha sido concedido.

Te pedimos asimismo por aquellos a quienes llegará esta irradiación nuestra, a fin de que, no tanto con la palabra, como con nuestra vida y nuestras obras, puedan percibir la belleza de la vocación cristiana, de la fe, de la esperanza y de la caridad de Cristo y puedan sentir la fascinación de la filiación divina. Amén.

## CONTEMPLATIO

Por la fe, Moisés, apenas nacido, fue mantenido escondido durante tres meses por sus padres. ¿Cómo esperaron salvar a su hijo los padres de Moisés? Por la fe. ¿Qué fe? Vieron, dice, que era gracioso, y esta visión les indujo a creer. Así, ya desde el principio, desde la cuna, se vertió una gran cantidad de gracia sobre este justo no en virtud de un sentimiento natural, sino por obra de Dios.

En efecto, mira: apenas nacido, el niño aparece bello y absolutamente nada deforme. ¿Por obra de quién? No de la naturaleza, sino de la gracia de Dios, que conmovió y estimuló a aquella mujer egipcia –la hija del faraón– para que lo tomara y lo tuviera como hijo. Esto vale para los padres; Moisés no contribuyó en nada a ello.

Sin embargo, *«renunció Moisés al título de nieto del faraón cuando se hizo mayor, prefiriendo compartir los*

*sufrimientos del pueblo de Dios*». No sólo dejó la realeza, sino que «renegó» de ella, la odió, la despreció. Le había sido ofrecido el cielo, y no valía la pena admirar el palacio real de Egipto. Estaba convencido de que ser ultrajado por Cristo era mejor que encontrarse entre comodidades, pues esto era ya de por sí una recompensa, «*prefiriendo compartir los sufrimientos del pueblo de Dios*».

Vosotros, en efecto, sufrís en vuestro propio beneficio, pero él lo hizo por el de los otros; y espontáneamente se lanzó a unos enormes peligros, siendo que podía vivir entre los honores y gozar de las ventajas de la corte. Para él, el pecado era no asociarse a los sufrimientos de su pueblo. Así pues, si consideraba pecado no sufrir espontáneamente con los otros, debió ser verdaderamente un gran bien el sufrimiento al que se expuso abandonando la realeza. Y, previendo algo grande, estimó «*los ultrajes de Cristo como una riqueza superior a los tesoros de Egipto*».

¿En qué consiste el ultraje de Cristo? En ser maltratados porque confiamos en Dios. Todo esto tuvo lugar porque Moisés perseveró en la fe como si viera al Invisible. Igualmente, también a nosotros, si vemos siempre a Dios con nuestra mente, si nos mantenemos ocupados con su recuerdo, todo nos parecerá fácil, todo soportable; lo podremos tolerar todo con buen ánimo, seremos superiores a todas las tentaciones (Juan Crisóstomo, *Omellie sull'Epistola agli Ebrei*, Roma 1965, pp. 366-371, *passim*).

## ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Dios ha elegido lo que el mundo considera débil para confundir a los fuertes*» (1 Cor 1,27).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Aunque sin saberlo, todos los hombres sirven a los planes de Dios. Las obras de Dios empiezan en la humildad, en lo escondido, y en estas circunstancias no sabemos nunca qué es lo que puede servir al Señor: tal vez sus enemigos son sus mejores colaboradores, tal vez colaboren en sus planes más de lo que lo hacen sus amigos. También hoy sigue siendo así: ¡qué misterio se desarrolla a través de la historia! Es Dios quien conduce los acontecimientos; todos ellos responden al designio divino, y los hombres sirven todos a este designio: lo quieran o no, todos entran en este plan.

¿Quién nos dará ojos para saber descubrir, en los acontecimientos más humildes, el comienzo de las obras más grandes? No son la grandeza y el poder el instrumento de las obras divinas, sino precisamente la humildad, la pobreza, la debilidad, la impotencia. Hoy como ayer, y siempre. Sólo en la medida en que los hombres se mantengan en la humildad y en lo escondido, en la pobreza y en la impotencia, servirán al Señor.

Moisés, instrumento de Dios, es un pobre niño. Pero salvará a Israel contra el poder del faraón, y lo salvará precisamente a través del mismo faraón. El mundo, el enemigo de Dios, se ensañará contra un poder opuesto al suyo, no se ensañará contra la debilidad, contra la impotencia. La hija del faraón salva la vida del pequeño Moisés. El faraón se pone duro contra Israel porque éste se muestra recalcitrante a sus órdenes; sin embargo, contra este niño pequeño que nada hubiera podido oponerle si le hubiera matado, el faraón se encuentra sin poder, y es él mismo quien lo salva [...]. No son el poder, la grandeza, la riqueza, los que deben dar miedo a los enemigos de Dios, sino la humildad de los pobres, de los que aún confían en Dios (D. Barsotti, *Meditazione sull'Esodo*, Brescia 1967, pp. 25-27, *passim* [edición española: *Espiritualidad del Éxodo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1968]).



# Miércoles

15ª semana del  
Tiempo ordinario

## LECTIO

### Primera lectura: Éxodo 3,1-6.9-12

En aquellos días, <sup>1</sup> Moisés pastoreaba el rebaño de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián. Trashumando por el desierto llegó al Horeb, el monte de Dios, <sup>2</sup> y allí se le apareció un ángel del Señor, como una llama que ardía en medio de una zarza. Al fijarse, vio que la zarza estaba ardiendo pero no se consumía. <sup>3</sup> Entonces Moisés se dijo: «Voy a acercarme para contemplar esta maravillosa visión y ver por qué no se consume la zarza». <sup>4</sup> Cuando el Señor vio que se acercaba para mirar, le llamó desde la zarza:

—¡Moisés! ¡Moisés!

Él respondió:

—Aquí estoy.

<sup>5</sup> Dios le dijo:

—No te acerques; quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado.

Y añadió:

<sup>6</sup> —Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.

Moisés se cubrió el rostro, porque temía mirar a Dios.

Y el Señor le dijo:

<sup>9</sup> El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí. He visto también la opresión a la que los egipcios los someten. <sup>10</sup> Ve, pues; yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas.

<sup>11</sup> Moisés dijo al Señor:

—¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar de Egipto a los israelitas?

<sup>12</sup> Dios le respondió:

—Yo estaré contigo, y ésta será la señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, me daréis culto en este monte.

➡ Si la página de la infancia de Moisés es una de las más conocidas, ésta de hoy —que narra su llamada— es una de las más importantes del libro del Éxodo. Moisés, integrado en la familia de Jetró, el sacerdote madianita que le había dado a su hija Séfora como esposa, se adapta al nuevo tipo de vida, se hace pastor en aquella tierra y, siguiendo a su rebaño, llega un día al monte de Dios, el Horeb, en el Sinaí (v. 1). En aquella soledad es donde Dios le saldrá al encuentro para una revelación trascendental que marcará no sólo su vida, sino también —y de manera especial— la vida de su pueblo, Israel, y la de la Iglesia de Cristo. En efecto, Dios le envía a salvar a sus hermanos de la esclavitud, figura de la opresión de la humanidad, que será salvada y redimida por el enviado de Dios, Cristo Jesús.

La acción parte de un hecho sorprendente, nunca visto: una zarza que arde sin consumirse (v. 2). Atraído por este espectáculo, Moisés se acerca y, cuando se encuentra cerca de la zarza, oye la voz del Señor. Dios se muestra sensible al dolor, al clamor del sufrimiento, y más aún cuando este sufrimiento es el de los pequeños o el de los oprimidos. No ha habido ninguna oración por parte del pueblo que haya movido a Dios a intervenir; es simplemente «*el clamor*» de la aflicción de aquella gente oprimida lo que ha llegado a él como una súplica (v. 9).

Y Dios responde. De él procede la iniciativa: es YHWH quien da el primer paso. Sin embargo, para actuar de modo concreto entre los hombres, quiere unos hombres elegidos que colaboren en su plan de redención: «*Ve, pues; yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo*» (v. 10).

El hombre, ante una tarea tan grande y difícil, experimenta miedo, se siente pequeño, incapaz, y presenta a Dios sus limitaciones (v. 11). Pero Dios le tranquiliza: «*Yo estaré contigo*» (v. 12). La obra es de Dios, él la ha comenzado, él la llevará a término. La fe del hombre se entrelaza con esta iniciativa divina. De este modo, llevará Dios a cabo, con la cooperación humana, su gran designio de salvación de Israel.

## Evangelio: Mateo 11,25-27

<sup>25</sup> En aquel tiempo, dijo Jesús:

–Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos. <sup>26</sup> Sí, Padre, así te ha parecido bien. <sup>27</sup> Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y al Padre no lo conoce más que el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

➡ El fragmento evangélico de hoy nos transmite una de las pocas oraciones explícitas de Jesús recogidas en los evangelios. Esta oración es una breve *b'rākhah*, o sea, «bendición» dirigida a Dios (del mismo modo que tantos salmos del Antiguo Testamento). El motivo, si nos fijamos bien en la traducción del texto original, es éste: haber revelado las cosas del Reino de Dios a los pequeños antes que a los sabios del mundo. Jesús no bendice al Padre en primer lugar por haber escondido estas cosas a los sabios del mundo, sino antes que nada porque las ha «*dado a conocer a los sencillos*» (v. 25). Eso es



lo que ha complacido al Padre, tal como lo ve el amor filial de Jesús.

A continuación, fuera ya de la oración, Jesús hace unas afirmaciones impresionantes sobre sí mismo: dice, en primer lugar, que todo le ha sido entregado por su Padre (v. 27a), palabras que veremos ratificadas y completadas por aquel solemne «*Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra*» (Mt 28,18). Jesús era consciente del gran poder que tenía, que era un don del Padre. En segundo lugar, Jesús afirma que «*nadie conoce al Hijo, sino el Padre*» (v. 27b), indicando de este modo su realidad divina y mesiánica, cosas que escapaban absolutamente a cualquier observación o deducción humana privada de la luz de la revelación.

Por último, dice Jesús de manera semejante que «*al Padre no lo conoce más que el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*» (v. 27c). Aquí tenemos una explicación clara de la imposibilidad en la que se encuentra el hombre de conocer verdaderamente a Dios como Padre. Y precisamente Jesús se presenta como el revelador del Padre: que el hombre pueda llegar al conocimiento del Padre del cielo depende enteramente de él, de Jesús.

## MEDITATIO

Hoy hemos escuchado dos maravillosas revelaciones divinas, una del Antiguo y otra del Nuevo Testamento. En la primera, Dios se revela como el Dios vivo, cercano, que escucha el grito del oprimido, que salva, porque ama a los hombres y a su pueblo. El Dios de la revelación, de la fe, es asimismo un Dios que está al lado de su pueblo, que le sigue y no puede tolerar el sufrimiento injusto con que es oprimido. Y por eso decide salvarlo. Para llevar a cabo esta salvación, se sirve de circunstancias históricas; se servirá de hombres, incluso débiles y

pobres; se servirá de las reacciones de la mente y del corazón humano, variable y mezquino. Y llevará a puerto su designio.

En la revelación del Nuevo Testamento vemos que Jesús nos revela al mismo Dios del Antiguo Testamento, pero yendo mucho más allá de cuanto hubiera podido comunicarnos la primera fase de la revelación. Para revelárnoslo Jesús emplea el más bello de los nombres: *Padre*. Nos muestra que Dios es ante todo Padre, Padre eterno del Hijo unigénito, engendrado antes de todos los siglos. Y, con la venida de su Hijo al mundo, también los hombres se convertirán en hijos suyos, en herederos de su misma gloria. Es «Padre», por tanto, no en un sentido alegórico, tampoco en un sentido moral (como para indicarnos su bondad o su providencia), sino de una manera real: «Padre» en sentido propio, porque nos ha comunicado su misma vida divina y nos ha hecho herederos de su misma gloria.

## ORATIO

Señor Jesús, luz verdadera del Padre celestial, irradiación de su gloria, ¿cómo podremos agradeceros adecuadamente a ti y al Padre este don inmerecido de ser hijos del Padre y hermanos tuyos? Éste ha sido el designio eterno de la bondad divina, que, desde siempre, ha pensado en nosotros para hacernos entrar en la esfera de su misma divinidad y compartir con nosotros su vida y su gloria eterna.

Gracias al Espíritu Santo —que es Espíritu de la verdad y de la vida—, este prodigio se renueva cada día cuando, en virtud de su poder y mediante el sacramento del bautismo, llega a ser el hombre hijo de Dios. Deja el hombre viejo con sus pecados y se convierte en el hombre nuevo a semejanza de Cristo, revistiéndose de él.

Ante este prodigio inaudito de la bondad divina, no podemos dejar de hacer nuestra la oración de Pablo contenida en el himno de la carta a los Efesios: *«Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que desde lo alto del cielo nos ha bendecido por medio de Cristo con toda clase de bienes espirituales. Él nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo, para que fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia. Llevado de su amor, él nos destinó de antemano, conforme al beneplácito de su voluntad, a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo...»* (Ef 1,3-5).

## CONTEMPLATIO

Moisés oró a fin de que Dios se le mostrara y él pudiera verle cara a cara. Ciertamente, el santo vate del Señor sabía que no era posible ver cara a cara a Dios, que es invisible. Ahora bien, la santa devoción a Dios supera todos los límites y considera que también esto era posible a Dios, a saber: hacer a los ojos del cuerpo capaces de captar lo que es incorpóreo. Este error no es criticable; más bien, fue incluso un deseo agradable e inexhausto el desear apretar, casi con la mano, a su Señor y verle con la vista de los ojos. Sabía que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios. Cuando fue elegido por el Señor como liberador del pueblo y fue colmado de espíritu de sabiduría, pudo contemplar al ángel y su rostro glorioso. Esto es tan verdad que experimentó terror frente a la luz resplandeciente y vio arder la zarza pero no convertirse en ceniza. Experimentó maravillas frente a aquella visión y aquel resplandor. Se acercó, impulsado por el deseo y por la belleza, para mirar dentro con mayor atención.

Entonces, después de haber visto al ángel entre las lenguas de fuego que salían de la zarza, experimentó en él un calor tan grande, se vio subyugado por una curio-



sidad tan viva que, con todo, quería mirar dentro, aunque, atenazado por el miedo, no se atrevía a mirar al interior. Imagina entonces cuánto más ardiente debía ser su deseo de ver físicamente el rostro del Señor, mientras iba diciéndose cómo aquel rostro estaba lleno de luz, lleno de gloria, lleno de poder, lleno de Dios. Sobre Dios no puedo decir o pensar más. Cuando el hombre ha llegado a la cima, entonces está en los comienzos (Ambrosio de Milán, *Comentario al Salmo 118*, VIII, 17ss, *passim*).

### ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo*» (Sal 41,3).

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La venida de Dios es repentina, imprevista. Moisés no fue conscientemente a la búsqueda de YHWH: fue YHWH el que se presentó de una manera imprevisible a él. Este dato de la revelación ha sido subrayado de una manera repetida tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Israel había comprendido que el contacto con el Dios vivo no es algo que el hombre pueda obtener mediante técnicas de contemplación. La revelación es siempre efecto de la intervención soberanamente libre de Dios. Es siempre Dios quien comienza el diálogo con el hombre. En el caso de Moisés, el encuentro tiene lugar en el momento en que Dios le llama por su nombre (Ex 3,4). Cuando Dios llama, lo que se le pide al hombre, en primer lugar, es prontitud y disponibilidad para acoger la Palabra de Dios. La respuesta de Moisés en esta circunstancia es concisa, una sola palabra hebrea, *hinnenî*, que implica la misma respuesta franca e inmediata: «*¡Aquí estoy! ¡A tu servicio!*».

Existe, no obstante, una inequívoca ambivalencia en la reacción de Moisés ante la presencia de Dios. Si la experiencia de

lo sagrado atrae al hombre con su fascinación misteriosa, le colma al mismo tiempo de temor y temblor, puesto que la experiencia de lo sagrado es para él, simultáneamente, experiencia de su propia naturaleza profana y de su indignidad. Entonces toma el hombre conciencia de que ni el hecho de quitarse las sandalias ni las purificaciones rituales pueden prepararle de una manera adecuada para entrar en la presencia del Dios vivo.

Así le sucede a Moisés: su primera reacción frente a la zarza ardiente fue de audaz y profana curiosidad, mas ahora se cubre el rostro y tiene miedo de mirar para no vislumbrar al Dios absolutamente santo. Moisés no intenta huir ni esconderse, pero se cubre el rostro para *no ver* a Dios. Israel, en efecto, estaba convencido de que Dios era demasiado santo para ser visto por el hombre, como Dios mismo dirá de inmediato a Moisés: «No podrás ver mi cara, porque quien la ve no sigue vivo» (Ex 33,20) (J. Plastaras, *Il Dios dell'Esodo*, Casale Monf. 1976, pp. 53ss).

# Jueves

## 15ª semana del Tiempo ordinario

### LECTIO

#### Primera lectura: Éxodo 3,13-20

En aquellos días [al oír la voz del Señor desde la zarza],  
<sup>13</sup> Moisés replicó a Dios:

–Bien, yo me presentaré a los israelitas y les diré: El Dios de vuestros antepasados me envía a vosotros. Pero si ellos me preguntan cuál es su nombre, ¿qué les responderé?

<sup>14</sup> Dios contestó a Moisés:

–Yo soy el que soy. Explícaselo así a los israelitas: «Yo soy» me envía a vosotros.

<sup>15</sup> Y añadió:

–Así dirás a los israelitas: El Señor, el Dios de vuestros antepasados, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me envía a vosotros. Éste es mi nombre para siempre, así me recordarán de generación en generación.

<sup>16</sup> Anda, reúne a los ancianos de Israel y diles: El Señor, el Dios de vuestros antepasados, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, se me ha aparecido y me ha dicho: «Me he conmovido al ver cómo os tratan los egipcios <sup>17</sup> y he determinado sacaros de la aflicción de Egipto, para llevaros a la tierra de los cananeos, hititas, amorreos, pereceos, jeveos y jebuseos, tierra que mana leche y miel». <sup>18</sup> Ellos te escucharán. Entonces irás con los ancianos de Israel al rey de Egipto y le diréis: «El

Señor, el Dios de los hebreos, se nos ha manifestado; permítenos hacer una peregrinación de tres días por el desierto para ofrecer sacrificios al Señor, nuestro Dios». <sup>19</sup> Bien sé yo que el rey de Egipto no os dejará marchar, a no ser obligado por una gran fuerza. <sup>20</sup> Pero yo desplegaré mi fuerza y castigaré a Egipto, realizando prodigios en medio de ellos. Después, os dejará salir.

➡ Moisés, en su diálogo con Dios, le pregunta su nombre, y Dios responde: «*Yo soy el que soy*» (v. 14). Es el nombre nuevo que será venerado por el pueblo, un nombre repleto de significado. Durante mucho tiempo hemos oído esta definición del nombre de Dios (YHWH) como si fuera una definición metafísica del ser eterno de Dios, «Aquel que existe» desde siempre por el hecho de ser Dios. Sin embargo, los estudios bíblicos nos han hecho ver que el sentido del nombre nuevo es éste: «Yo soy el Dios que está contigo para salvarte», revelando así la presencia, la ayuda, el amor del Dios comprometido con la salvación de su pueblo.

Con todo, este Dios con nombre nuevo es el mismo Dios de los patriarcas, que se había aparecido a Abraham, a Isaac y a Jacob; por consiguiente, el Dios de la promesa, que ahora, frente a la esclavitud de su pueblo, quiere actuar como salvador; por eso emplea otro nombre. En las palabras de Dios se alude, en efecto, a la tierra prometida como una tierra «*que mana leche y miel*» (v. 17), que será la meta del largo viaje que emprenderá Israel caminando hacia la libertad.

Dios preanuncia a Moisés lo que sucederá: el pueblo le escuchará, pero el faraón presentará resistencia al plan de Dios. Sin embargo, toda esta oposición no servirá más que para hacer resaltar el poder de Dios. Él actuará en favor de su pueblo con prodigios –las diez plagas de Egipto– que acabarán por doblegar el corazón del rey de Egipto. Se da, pues, una continuidad por parte de Dios, de su proyecto, de su fidelidad al pueblo,

que, seguramente, se había olvidado de la promesa de la tierra. Pero aparece también la nueva y sorprendente revelación de un rostro de Dios que está cerca de los suyos y quiere la salvación de su pueblo.

## Evangelio: Mateo 11,28-30

En aquel tiempo, dijo Jesús: «<sup>28</sup> Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. <sup>29</sup> Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas. <sup>30</sup> Porque mi yugo es suave y mi carga ligera».

➡ La brevísima perícopa evangélica de hoy es una alhaja que se encuentra sólo en Mateo. Se trata de uno de los fragmentos más consoladores, más alentadores y más esperanzadores del mensaje de Jesús y del ejemplo de su vida. Se trata de una invitación que está dirigida a todos los que se encuentran «*fatigados y agobiados*», una condición humana, material o espiritual, en la que se puede hallar cualquier hombre, hasta aquel que se considera más libre y más perfecto. La fatiga acompaña al hombre a lo largo de toda su vida, y la opresión, en sus mil formas diferentes –moral, psicológica, social, familiar–, no permite que el hombre goce plenamente de la perenne libertad a la que ha sido llamado. Por eso, la invitación de Jesús va dirigida a todos los hombres de todos los tiempos: se trata de una invitación maravillosa, la más necesaria de todas. Jesús nos facilita el motivo de su invitación: él mismo nos aliviará, nos consolará, nos reanimará.

Viene, a continuación, una orden: la de imitarle en aquello que constituye el fondo de su corazón, la expresión de su persona: su *sencillez* y su *humildad*. Jesús no dice que le imitemos en su caridad o en su entrega, cosa que nos haría ver la absoluta desproporción que media



entre su generosidad y nuestra mezquindad. Habla de una actitud interior más fácil, más factible cuando nos sentimos ayudados por la gracia del Espíritu; nos pide que le sigamos en su sencillez y en su humildad, sin pretender grandes cosas o metas excelsas, sin considerarnos demasiado perfectos o santos.

Se trata, por consiguiente, de la otra cara de una segunda invitación: la de que carguemos con su yugo (cf. v. 29). El yugo une a dos bueyes para el trabajo. En esta comparación, el yugo de Jesús nos une a él con cada uno de nosotros. Esta asociación en la misma suerte de Jesús hace al alma feliz, porque «*mi yugo es suave y mi carga ligera*» (v. 30) y el alma es capaz de caminar y trabajar con Jesús, que le abre el camino de la paz y del alivio.

## MEDITATIO

En la revelación divina nos encontramos de continuo con la insondable riqueza del conocimiento de Dios y de Cristo y se nos permite ver el amor infinito de la Trinidad hacia nosotros. Gracias a esta revelación, creemos en un Dios creador, redentor, misericordioso, que se ha manifestado en palabras y en obras, siempre al lado de su pueblo. Tanto en el pasado como en el presente y el futuro, Dios nos propone metas que nos permiten caminar con confianza y esperanza y nos hacen vencer cualquier fatalismo o desánimo.

El Dios vivo no sólo está con nosotros para ayudarnos, sino que ha querido fijar su morada entre nosotros. En su Hijo Jesús; éste nos invita a que vayamos a él para recuperar las fuerzas consumidas, nuestra mente deprimida, nuestro corazón abatido: él nos reanima, nos renueva y nos invita a cargar con su yugo, a compartir su misma suerte, a caminar con él y como él, a sufrir con él y como él. Y nos asegura que su yugo es suave y su

sabiduría del corazón y de la vida. Sí, concédenos, Señor Jesús, un corazón sencillo y dulce como el tuyo.

## CONTEMPLATIO

Al preguntar Moisés cómo se llamaba Dios, se le dio esta respuesta: «*Yo soy el que soy. Y dirás a los hijos de Israel: Aquel que es me envía a vosotros*». ¿Qué significa esto? Oh Dios, oh Señor nuestro, ¿cómo te llamas? «Me llamo es», dijo. ¿Qué significa «me llamo es»? Que permanece para siempre, que no puede cambiar. Lo que cambia fue algo y será algo, pero no es, porque es mutable. Por eso la inmutabilidad de Dios se ha dignado llamarse con este nombre. ¿Por qué, entonces, más tarde, se llamó a sí mismo con otro nombre diciendo: «*Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob: éste es mi nombre para siempre*»? Porque, si bien Dios es inmutable, hizo todas las cosas por misericordia, y el mismo Hijo de Dios se dignó, tomando un cuerpo mutable y permaneciendo lo que es —a saber: el Verbo de Dios—, venir al mundo y ayudar al hombre. Teniendo ya un nombre que expresa la eternidad, se ha dignado además tener un nombre que expresara la misericordia. El primero para él, el segundo para nosotros.

Si Moisés comprendió bien; más aún, precisamente porque comprendió bien cuando se le dijo «*Yo soy el que soy*», vio que esto estaba muy por encima de la capacidad comprensiva de los hombres. En efecto, quien ha comprendido bien «lo que es» y «es verdaderamente», porque ha sido inspirado en cierto modo por la luz de la veracísima esencia o incluso sólo de una manera fugaz como un relámpago, se ve a sí mismo mucho más que bajo, muy lejos, enormemente diferente. Cuando casi estaba desesperado Moisés por la enorme distancia de aquella preeminencia del ser, Dios le reanimó cuando ya estaba al borde de la desesperación: «*Yo soy el Dios de*

*Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob*». Soy lo que soy, soy el ser, pero no quiero sustraerme a los hombres. Por consiguiente, si de algún modo podemos buscar a Dios y encontrar a aquel que es, y por añadidura no está lejos de cada uno de nosotros, alabemos su inefable esencia y amemos su misericordia (Agustín de Hipona, *Discorsi sull'Antico Testamento*, Roma 1979, pp. 101; 115-117; existe edición española en la BAC).

## ACTIO

Repíte con frecuencia y vive hoy la Palabra:

*«Todo el que invoque el nombre del Señor será salvado»*  
(Hch 2,21).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dios existe. Basta con escuchar a las piedras, basta con escuchar, a lo largo de los milenios, a los innumerables glorificadores del Nombre impronunciable: los santos, los sabios, los profetas, los humildes creadores de amor y de belleza, esos que tejen incesantemente, en la trama carnal, un hilo de eternidad para impedir que la tela se desgarre. Esos a quienes Dios consume con su ausencia. Esos que van al desierto y cuyo holocausto puro libera al mundo de la asfixia. Esos que se sientan en la mesa de los pecadores para encarnar al Infinito en el amor.

Tenía que leer yo enseguida en Berdjáev: «El argumento principal en favor de Dios reside en el mismo hombre y en su vocación. El mundo ha conocido profetas, mártires, héroes, contemplativos, buscadores y siervos desinteresados de la verdad, creadores de auténtica belleza, bellos ellos mismos, hombres de una gran profundidad, poderosos en el espíritu. Y, sobre todo, los que han dado testimonio de que la única situación jerárquica elevada en este mundo es ser crucificados por la verdad. Todo esto no prueba, pero sí muestra..., todo esto permite descubrir a Dios».

Dios existe. Él es «el centro en el que convergen las líneas. En él encuentra su incandescencia el ser del mundo. Él es el espacio sin límites de nuestra libertad. Sin él, no seríamos más que partículas irrisorias del universo y de la historia. Él es el arco, la flecha y el blanco, el comienzo, el medio y el fin, el centro y la circunferencia o, más bien, el no situado, el que está siempre más allá y, sin embargo, es nuestro lugar. Porque es el totalmente otro y el que es más que nosotros mismos (O. Clément, *L'altro sole*, Milán 1984, pp. 91 ss [edición española: *El otro sol*, Narcea, Madrid 1983]).

# Viernes

## 15ª semana del Tiempo ordinario

### LECTIO

#### Primera lectura: Éxodo 11,10-12,14

En aquellos días, <sup>11,10</sup> Moisés y Aarón habían hecho todos estos portentos en presencia del faraón. Pero el Señor hizo que el faraón se obstinara en no dejar salir de su país a los israelitas.

<sup>12,1</sup> El Señor dijo a Moisés y a Aarón en Egipto:

<sup>2</sup> –Este mes será para vosotros el más importante de todos, será el primer mes del año. <sup>3</sup> Decid a toda la asamblea de Israel: Que el día décimo de este mes se procure cada uno un cordero por familia, uno por casa. <sup>4</sup> Si la familia es demasiado pequeña para comerlo entero, que invite a cenar en su casa a su vecino más próximo, según el número de personas y la porción de cordero que cada cual pueda comer. <sup>5</sup> Será un animal sin defecto, macho, de un año; podrá ser cordero o cabrito. <sup>6</sup> Lo guardaréis hasta el día catorce de este mes, y toda la comunidad de Israel lo inmolará al atardecer. <sup>7</sup> Luego untarán con la sangre las jambas y el dintel de la puerta de las casas en que vayan a comerlo. <sup>8</sup> Lo comerán esa noche asado al fuego, con panes ácidos y hierbas amargas. <sup>9</sup> No comerán nada crudo, ni cocido; todo ha de ser asado al fuego, cabeza, patas y vísceras. <sup>10</sup> No dejaréis nada para el día siguiente; si queda algo, lo quemaréis. <sup>11</sup> Y lo comeréis así: la cintura ceñida, los pies calzados, bastón en mano y a toda prisa, porque



es la pascua del Señor. <sup>12</sup> Esa noche pasaré yo por el país de Egipto y mataré a todos sus primogénitos, tanto de hombres como de animales. Así ejecutaré mi sentencia contra todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. <sup>13</sup> La sangre servirá de señal en las casas donde estéis; al ver yo la sangre, pasaré de largo y, cuando yo castigue a Egipto, la plaga exterminadora no os alcanzará. <sup>14</sup> Este día será memorable para vosotros y lo celebraréis como fiesta del Señor, institución perpetua para todas las generaciones.

➡ El fragmento de hoy supone el consentimiento otorgado por el faraón a los israelitas para que salieran del país, tras las muchas calamidades que habían sido infligidas a Egipto, precisamente por la negativa del rey (el leccionario ha prescindido, en efecto, de la descripción de las diez plagas). Lo que Moisés prescribió para «*esa noche*» no es sino el ritual tradicional de la cena pascual judía, un rito antiquísimo que conmemora (es algo «*memorable*», un «*memorial*»: 12,14) el acontecimiento de la liberación de los israelitas en la noche de la Pascua. Este rito viene siendo seguido fielmente por la mayor parte de los judíos en todo el mundo y es el rito que subyace en la celebración de la última cena de Jesús con los apóstoles antes de morir (y, por consiguiente, también en nuestra misa).

El punto central del fragmento –y el más extenso– es el que hace referencia al cordero pascual: en él se describen las cualidades, las condiciones, el rito del sacrificio, de la comida ritual, y la eficacia de su sangre puesta en las jambas y en el dintel de las puertas. Gracias a su sangre se llevará a cabo la salvación de los israelitas: el ángel exterminador pasará de largo y no usará con ellos el flagelo de muerte (12,12s). La sangre del cordero marcó la liberación: magnífica figura de la salvación universal que, algunos siglos más tarde, será realidad en Cristo Jesús, «*Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*» (Jn 1,29).

Todos los demás detalles descritos en la perícopa evocan una realidad vivida por el pueblo de Israel aquella noche y que ahora reviven en la comunidad que lo celebra. La importancia del memorial estriba no sólo en el recuerdo que evoca el acontecimiento, sino en el hecho de sentirse implicados en el mismo acontecimiento, con su fuerza salvífica y transformadora.

### Evangelio: Mateo 12,1-8

<sup>1</sup> En una ocasión iba Jesús caminando por los sembrados. Era sábado. Sus discípulos sintieron hambre y se pusieron a arrancar espigas y a comerlas. <sup>2</sup> Los fariseos, al verlo, le dijeron:

—¿Te das cuenta de que tus discípulos hacen algo que no está permitido en sábado?

<sup>3</sup> Jesús les respondió:

—¿No habéis leído lo que hizo David cuando sintió hambre él y sus compañeros: <sup>4</sup> cómo entró en el templo de Dios y comió los panes de la ofrenda que ni a él ni a los suyos les estaba permitido comer, sino sólo a los sacerdotes? <sup>5</sup> ¿Tampoco habéis leído en la ley que en día de sábado los sacerdotes del templo pueden incumplir el precepto del sábado sin incurrir en culpa? <sup>6</sup> Pues yo os digo que hay aquí alguien más importante que el templo. <sup>7</sup> Si supierais lo que significa *misericordia quiero y no sacrificios*, no condenaríais a los inocentes. <sup>8</sup> Porque el Hijo del hombre es señor del sábado.

➡ El episodio de las espigas arrancadas por los discípulos es uno de los más conocidos del evangelio y uno de los más significativos desde el punto de vista del espíritu cristiano. Se trata de una página estupenda, en la que vemos a un Cristo maestro dispuesto a defender a sus discípulos, a enseñar el verdadero sentido de las cosas y de la misma Escritura, lo que le permite a Jesús proclamarse «*señor del sábado*» (v. 8) y mayor que el templo de Jerusalén.

Jesús, buen conocedor de las Escrituras, recurre a ellas para apoyarse en su argumentación y cita el caso del rey David, que, en un momento de necesidad, junto con sus compañeros, comió los panes reservados a los sacerdotes (1 Sm 21,1-10). Brinda aún otro argumento: los mismos sacerdotes, al cumplir sus ritos en día de sábado, infringen el reposo prescrito, precisamente en razón de las diferentes acciones litúrgicas. En consecuencia, la misma ley, cuando se trata de un motivo suficiente, tanto para la gloria de Dios como para el bien del hombre, puede ser infringida. La ley no es un objeto monolítico, estable, absoluto (como pretendían los fariseos); es también un medio puesto por Dios para el bien de los hombres. Por consiguiente, también la ley tiene una importancia relativa.

A continuación, Jesús se proclama superior al templo y al sábado, las dos realidades más sagradas para los judíos; estas palabras suenan como una blasfemia a los oídos de los que le escuchan, que quedan escandalizados. Sin embargo, Cristo no retrocede, no atenúa sus afirmaciones: él posee una autoridad, una plenitud, una verdad y una novedad que se explican únicamente con su realidad mesiánica y divina, oculta a los ojos –voluntariamente cerrados– de sus adversarios. Recurriendo a una frase de Oseas (6,6), Jesús recrimina a los fariseos su dureza de corazón al condenar a los discípulos por la acción de las espigas. Su dureza de corazón va acompañada de su ceguera. Lo que cuenta de verdad en la Ley de Dios es la misericordia, no los sacrificios rituales.

## MEDITATIO

Jesús es el amigo del hombre, su verdadero salvador y liberador. Jesús le ha dado su auténtico sentido a la vida humana y ha mostrado su importancia y su dignidad, superiores a cualquier cosa, ley o prescripción,

incluso religiosa. El evangelista Marcos, en el pasaje paralelo de las espigas, añade esta frase lapidaria de Jesús: *«El sábado ha sido hecho para el hombre, no el hombre para el sábado»* (Mc 2,27). Es una frase liberadora que pone en su justo lugar a las personas y a las cosas, ordenando las segundas al bien de las primeras.

La religión, por su parte, se puede convertir también, a veces, en una carga, en una opresión, en una esclavitud. La ley misma, fundamento de la religiosidad del Antiguo Testamento, si es considerada exclusivamente en su aspecto literal, sin el Espíritu, se vuelve –según san Pablo– una carga y una maldición de la que debe liberarse el cristiano, porque Cristo *«nos ha rescatado de la maldición de la ley»* (Gal 3,13). El Señor Jesús ha roto todas las cadenas que ataban y humillaban al hombre: *«Para que seamos libres, nos ha liberado Cristo. Permaneced, pues, firmes y no os dejéis someter de nuevo al yugo de la esclavitud»* (Gal 5,1). Con esta liberación, Cristo nos ha dado la libertad interior, exenta de constricciones y legalismos, y con ella el verdadero creyente, bajo la acción del Espíritu Santo, construye su personalidad cristiana.

Sólo el corazón bueno es capaz de comprender el verdadero sentido de la ley, que mira a la gloria de Dios y al bien del hombre; y es capaz de comprender asimismo que sólo en la misericordia y en la bondad con el prójimo se encuentra el hilo conductor de la auténtica voluntad divina.

## ORATIO

Oh Señor, amigo del hombre, Salvador y Redentor nuestro. Gracias por tu doctrina, por tu nueva ley, por tu ejemplo, por tu defensa del hombre y de sus derechos. Gracias por el Espíritu Santo que nos has conce-



dido, Espíritu de verdad y de libertad, de amor y de fidelidad, que nos hace gritar, como tú y contigo: «*Abbá, Padre*». Gracias por tu liberación, por tu redención. Tú nos has quitado las cadenas que nos oprimían, la ceguera que nos hacía vivir en las tinieblas, el peso que nos aplastaba. Gracias, Señor Jesús, porque has agilizado nuestro espíritu, lo has liberado y colmado de confianza en ti.

Has tenido compasión, como el buen samaritano, y te has inclinado sobre nosotros para volver a darnos la vida y la esperanza: nosotros somos pobres y tú nos has enriquecido; somos débiles y tú nos has reanimado; vivimos envueltos en tinieblas y tú nos has iluminado; somos soberbios y tú nos enseñas el camino de la humildad; somos duros y malvados y tú nos enseñas la bondad; somos incrédulos y tú vuelves a darnos la fe; estamos desesperados y tú, Jesús, vuelves a abrirnos el camino...

## CONTEMPLATIO

Como es conocido de vuestra caridad, Pascua significa «paso» [...]. En las Sagradas Escrituras encontramos un triple paso o triple pascua. Ésta fue celebrada, en efecto, en la salida de Israel de Egipto y tuvo lugar el paso de los judíos, a través del mar Rojo, de la esclavitud a la libertad, de las ollas de carne al maná de los ángeles. Se celebró también otra Pascua cuando no sólo los judíos, sino también el género humano pasó de la muerte a la vida, del yugo del diablo al yugo de Cristo, de la servidumbre de las tinieblas a la libertad de la gloria de los hijos de Dios, de los alimentos inmundos de los vicios a aquel pan verdadero —el pan de los ángeles— que dice de sí mismo: «*Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo*». Con alegría cumpliremos la tercera pascua cuando pasemos de la mortalidad a la inmortalidad, de la corrupción a la incorrupción, de la miseria a la felici-

dad, de la fatiga al reposo, del temor a la seguridad. La primera pascua es la de los judíos; la segunda, la cristiana; la tercera, la de los santos y los perfectos. En la pascua de los judíos fue inmolado el cordero; nuestra Pascua es Cristo inmolado, y en la pascua de los santos y de los perfectos tenemos a Cristo glorificado [...].

En la pascua de los judíos fue inmolado un cordero, pero en el mismo cordero, de un modo prefigurado y como en sombra, fue inmolado Cristo. En nuestra pascua fue inmolado Cristo no de un modo prefigurado, sino real. En la pascua de los santos y de los perfectos ya no se inmola ahora a Cristo, sino que más bien se manifiesta. En la primera pascua está prefigurada la pasión de Cristo, en la segunda está entregada, en la tercera se encuentra manifestado el fruto de la misma pasión, mediante la resurrección (Elredo de Rievaulx, *Sermones inediti*, edición a cargo de C. H. Talbot, Roma 1952, pp. 94ss).

## ACTIO

Repíte con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Para que seamos libres, nos ha liberado Cristo*» (Gal 5,1).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El paso de Jesús de este mundo al Padre abarca, en una unidad estrechísima, *pasión y resurrección*: a través de su pasión es como llegó Jesús a la gloria de la resurrección. Pasión y paso van unidos entre sí; la Pascua cristiana es un *transitus per passionem*: un paso a través de la pasión. Pero hay una síntesis más importante: la que se da entre la *Pascua de Dios* y la *pascua del hombre*. ¿Cómo se lleva a cabo esa síntesis en la nueva definición de la Pascua? En Jesús, los dos protagonistas de la Pascua —Dios y el hombre— dejan de aparecer como alternativos o yux-

tapuestos y se convierten en uno solo, porque, en Cristo, la humanidad y la divinidad son una misma persona. El autor y el destinatario de la salvación se han encontrado; la gracia y la libertad se han besado. Ha nacido la «nueva y eterna alianza»; eterna, porque ahora nadie podrá separar ya a los dos contrayentes, convertidos, en Cristo, en una sola persona.

Con todo, queda una duda por disipar: entonces ¿es sólo Jesús quien lleva a cabo la Pascua? ¿Es sólo él quien pasa de este mundo al Padre? ¿Y nosotros? El de Jesús no es un paso solitario, sino un paso colectivo, de toda la humanidad, al Padre. En Pascua nació la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, como espiga crecida en la tumba de Cristo. En consecuencia, todos hemos pasado ya, con Cristo, al Padre y «*nuestra vida está escondida ya con Cristo en Dios*» (cf. Col 3,3); sin embargo, todos debemos pasar aún. Hemos pasado *in spe* e *in sacramento*, en esperanza y por el bautismo, pero debemos pasar en la realidad de la vida cotidiana, imitando su vida y, sobre todo, su amor (R. Cantalamessa, *Il mistero pasquale*, Milán 1985, pp. 19-21).

# Sábado

## 15ª semana del Tiempo ordinario

### LECTIO

#### Primera lectura: Éxodo 12,37-42

En aquellos días, <sup>37</sup> los israelitas partieron de Rameses hacia Sucot; eran unos seiscientos mil los que iban a pie, sin contar a los niños. <sup>38</sup> Partió también con ellos una gran muchedumbre de gentes con ovejas y vacas en gran cantidad. <sup>39</sup> Cocieron panes ácimos con la masa sacada de Egipto, pues no había fermentado, porque les metieron tanta prisa para salir que no habían podido preparar provisiones para el viaje.

<sup>40</sup> La estancia de los israelitas en Egipto duró cuatrocientos treinta años. <sup>41</sup> El mismo día que se cumplían los cuatrocientos treinta años, todos los ejércitos del Señor salieron de Egipto. <sup>42</sup> Aquella noche, el Señor veló para sacarlos de Egipto. Y esa misma noche será noche de vela en honor del Señor para los israelitas durante todas sus generaciones.

➡ La primera lectura de hoy nos describe, de manera breve, la salida de Israel de Egipto con su primer itinerario (de la ciudad de Rameses hacia Sucot) y con la indicación del número de los israelitas: «*seiscientos mil los que iban a pie*», o sea, sin contar a los niños. El número parece, evidentemente, exagerado; a buen seguro,



fueron muchos menos, apenas algunos miles, los que escaparon de la esclavitud del faraón, pero al estilo oriental le gusta recurrir a la hipérbole y a la abundancia para recalcar la importancia del hecho y de las personas.

Se alude después al pan ácimo, dando la explicación de que no fermentara: a causa de la prisa de la salida, fue imposible introducir la levadura en la pasta. Se hace, a continuación, la cuenta de los años transcurridos en Egipto: «cuatrocientos treinta». Parece que podemos dar crédito a este número, en nada simbólico, y esto nos permite adivinar la cronología de esta estancia y de la salida de los judíos de Egipto. Se calcula así que los israelitas habrían salido de Egipto bajo el reinado del faraón Mernefta, en la segunda mitad del siglo XIII a. de C., y, en consecuencia, habrían llegado a Canaán en torno al año 1200 a. de C., esto es, como dicen los estudiosos, en la transición de la edad del Bronce a la del Hierro.

De todos modos, lo que quiere indicarnos el autor, en primer lugar, es que el acontecimiento del éxodo fue, sobre todo, una acción de Dios: «*Aquella noche, el Señor veló para sacarlos de Egipto*» (v. 42). Se recalca la obra de Dios, como en todas las descripciones anteriores, y por eso se afirma a renglón seguido: «*Esa misma noche será noche de vela en honor del Señor para los israelitas durante todas sus generaciones*», como acto de agradecimiento y de alabanza por todo cuanto YHWH había hecho en favor de su pueblo.

## Evangelio: Mateo 12,14-21

En aquel tiempo, <sup>14</sup> los fariseos, al salir, se pusieron a planear el modo de acabar con él. <sup>15</sup> Jesús lo supo y se alejó de allí. Lo siguieron muchos y los curó a todos, <sup>16</sup> advirtiéndoles que no dijeran que había sido él. <sup>17</sup> Así se cumplió lo anunciado por el profeta Isaías:

<sup>18</sup> *Éste es mi siervo, a quien elegí;  
mi amado, en quien me complazco;  
derramaré mi espíritu sobre él  
y anunciará el derecho a las naciones.*

<sup>19</sup> *No disputará, ni gritará;  
no se oirá en las plazas su voz.*

<sup>20</sup> *No romperá la caña cascada  
ni apagará la mecha que apenas arde,  
hasta que haga triunfar la justicia.*

<sup>21</sup> *En él pondrán las naciones su esperanza.*

➡ El evangelio nos muestra hoy la constante y siempre creciente animosidad de los enemigos de Jesús—concretamente los fariseos—. A pesar de sus continuos milagros y de su elevadísima doctrina, no solamente no escuchan su Palabra y cierran los ojos ante los prodigios realizados, sino que hasta determinan su misma muerte. Se reúnen en consejo para quitarle de en medio (v. 14).

Jesús, percatado del peligro, se va a otra parte. También él toma sus medidas de precaución, recomendando a sus seguidores que no divulguen su actividad. Todavía no ha llegado su hora. En esto se muestra siempre obediente a la voluntad del Padre, que ha fijado por él los tiempos de su actividad y de su muerte.

Mateo cita un hermoso párrafo de uno de los «cantos del Siervo de YHWH» (Is 42) sobre la humildad y la paciencia del Siervo, encarnado por Jesús de una manera magnífica. De este Siervo se dice que fue elegido previamente por Dios, que es su predilecto, aquel en quien encuentra sus complacencias. Dios ha puesto su Espíritu sobre él. Esta descripción alude a la excelencia de su persona y a la riqueza de su vida, colmada de virtudes y de carismas. A continuación, muestra su actitud habitual frente a las duras realidades humanas: no tiene una reacción violenta, no discute ni levanta la voz. Más aún, salva todo lo que todavía pueda tener

una remota esperanza de salvación o de recuperación (Mt 12,20).

También se anuncia en este oráculo la humildad, que será uno de los rasgos distintivos de Jesús, su nota más característica; más aún, será el aspecto en el que el mismo Jesús pedirá que le imitemos (Mt 11,29).

## MEDITATIO

¡Qué repletas de doctrina y de profundidad están las páginas de la Escritura! Su plenitud y su riqueza constituyen, sobre todo, una síntesis de todo cuanto se ha escrito en los libros sagrados, síntesis de profecía y de cumplimiento, de pasado y de futuro, de historia y de vida, de fe y de Espíritu Santo. Esta síntesis, perfectamente realizada, es Cristo Jesús, Aquel que encarna y resume, en su vida y en su mensaje, todo el ideal de la Palabra de Dios y todas las realidades de la historia de los hombres, con sus esperanzas más profundas.

Cristo es el anunciado en las profecías, en las promesas y en las figuras del Antiguo Testamento, y da cumplimiento a todo este mensaje con su venida y su misión: *«Todas las promesas de Dios se han cumplido en él»* (2 Cor 1,20). E insiste en apóstol en la carta a los Romanos: *«La ley tiene su cumplimiento en Cristo»* (Rom 10,4). Jesús es, además, *«nuestra esperanza»* (1 Tim 1,1), esperanza de la vida eterna que hará al hombre perfecto, completo en su realidad humana y divina, como hijo de Adán e hijo de Dios, en la plenitud de la gloria. Jesús es también el ejemplo, el modelo, *«el camino, la verdad y la vida»* del hombre mientras camina sobre la tierra. Quien cree en él *«debe comportarse como él se comportó»* (1 Jn 2,6), mostrando al mundo, con su vida, que él vive y reproduce *«la imagen del Hijo de Dios, llamado a ser el primogénito entre muchos hermanos»* (Rom 8,29).

Cristo es la síntesis, el punto culminante, la obra maestra de Dios, aparecido en la historia para entregarnos una Palabra de vida y abrirnos horizontes nuevos, ilimitados, hacia los que podamos caminar, revistiendo de una nueva existencia, nuevos recursos y nuevas fuerzas al ser humano, convertido, gracias a él, en hijo de Dios.

### ORATIO

Hoy de nuevo, Señor Jesús, te presentas a nosotros con este hábito de humildad y sencillez, para enseñarnos que nunca debemos cansarnos de superar cualquier obstáculo para imitarte. No nos has dicho que te imitéramos en tu poder, en tu autoridad, en tus milagros; tampoco nos has dicho que te imitéramos en tu oración, en tu entrega total, en tu celo por la salvación del mundo... Nos has pedido que te imitéramos en lo que es más fácil, más interior, más compatible con nuestras escasas fuerzas y con nuestra experiencia: la sencillez y la humildad de corazón.

Gracias, Señor, por esta propuesta tuya, que nosotros, con nuestras inexcusables pretensiones, nos obstinamos en querer ver como difícil, como casi imposible. Haznos sencillos y humildes de corazón, Jesús. Haz que lleguemos al agua de tu corazón con la sencillez de vida, con el sentir humilde de nuestro corazón.

### CONTEMPLATIO

Egipto ha sido golpeado con las plagas; el faraón se ha visto obligado a dejar libre al pueblo de Dios. Los egipcios se apresuran ahora para expulsar a aquellos a quienes antes querían retener. Salieron, pues, de Rameses, que a mi modo de ver debe traducirse por *trueno de ale-*

gría. Fue junto a esta ciudad, situada en los confines de Egipto, donde se reunió el pueblo que tenía en el ánimo salir hacia el desierto. Se alejaba de los vicios a los que se había dado y de la carcoma de los pecados que lo corroían: así transformaba en dulzura cualquier motivo de amargura y podía oír la voz de Dios que estaba a punto de estallar como un trueno desde la cima del monte Sinaí.

Así pues, si hemos sido sacudidos por los toques de trompa del Evangelio, si hemos sido despertados por el trueno de la alegría, salgamos también nosotros el primer mes, cuando *«el invierno ya ha pasado y se ha alejado»*, apenas comenzada la primavera, cuando la tierra germina, cuando empieza una vida nueva para todo. Cuando salimos de Egipto, se derrumban los ídolos de nuestros errores. Pues bien, armémonos de valor, revistámonos de la fuerza de la perfección; así, en medio de las tinieblas del error y de la confusión de la noche, podrá aparecérsenos la luz de la ciencia de Cristo. No les fue posible llegar a las aguas del mar Rojo y ver morir en ellas al faraón con su ejército sino después de haber tenido en los labios *palabras nobles*, es decir, después de haber confesado los prodigios del Señor, lo que sucedió cuando tuvieron fe en Dios y en su siervo Moisés.

Y vencieron. Y en el canto de María resonaron los cantos de los triunfadores. Aprendamos así a guardarnos continuamente de las insidias y a invocar la misericordia de Dios: entonces no sólo escapar podremos de la persecución del faraón, sino volverlo inocuo para nosotros con nuestro bautismo espiritual. Pero estemos alerta: a veces podemos encontrarnos con el mar delante incluso después de haber conocido y practicado el Evangelio, incluso en plena victoria; en suma, los peligros pasados podemos volver a encontrarlos todavía delante de nosotros (Jerónimo, *Le lettere*, Roma 1962, II, pp. 325-329, *passim* [edición española: Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1962, 2 vols.]).



## ACTIO

Repíte con frecuencia y vive hoy la Palabra:

*«Alabad al Señor porque es bueno: en nuestra humillación se acordó de nosotros» (Sal 135,23).*

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Hay un momento en la vida de Israel que ha pasado a su conciencia histórica como el momento del que mana su identidad como pueblo entre los pueblos y la identidad específica que le ha convertido en «*el pueblo de YHWH*». Ese momento fue su salida de Egipto. Todo el acontecer del éxodo está narrado en el texto del libro del Éxodo como un gran juicio histórico de YHWH. Las fuerzas que intervienen están bien claras. Por una parte, el faraón y todo el poder egipcio; por otra, YHWH y la multitud sin nombre de los esclavos oprimidos. YHWH tomará la defensa de estos últimos contra el enorme poder del rey de Egipto, reconocerá su justa causa y los dejará «*sueltos*»; los liberará de la injusticia del poderoso y la fuerza de la justicia se abatirá contra la arrogancia del opresor.

Todo el acontecer del éxodo es considerado aquí como un camino, un camino que sube y conduce hacia metas nuevas y diferentes, un camino que hace crecer y convierte en personas adultas. Y es que en el camino encontrarán dificultades siempre mayores (el desierto del Sinaí, con sus carencias: agua y alimento, y sus presencias: los pueblos hostiles) y tendrán que superarlas. El éxodo como camino de crecimiento a través de las dificultades es uno de los esquemas más repetidos y más sugestivos de la espiritualidad bíblica (A. Fanuli, *La spiritualità dell'Antico Testamento*, Roma 1988, pp. 57 y 67ss, *passim*).